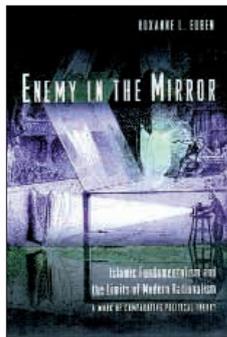


◆ *El desbarrancadero*, de Fernando Vallejo ◆ *La sabiduría sin promesa*, de Christopher Domínguez ◆ *Pregúntale al polvo y Espera a la primavera*, Bandini, de John Fante ◆ *Falsas memorias*. Blanca Luz Brum, de Hugo Achugar ◆

# LIBROS

ISLAMISMO

## Tres miradas al Islam



Roxanne L. Euben, *Enemy in the Mirror: Islamic Fundamentalism and the Limits of Modern Rationalism*, Princeton University Press, Princeton, 2001.



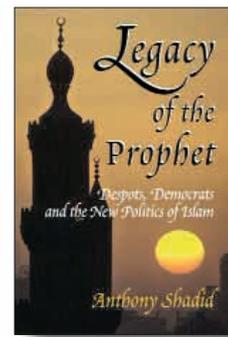
Gilles Kepel, *Jihad. Expansion et déclin de l'islamisme*, Gallimard, París, 2001. (*Yihad: Expansión y declive del islamismo*, Península, 2001.)

Anthony Shadid, *Legacy of the Prophet: Despots, Democrats and the New Politics of Islam*, Westview Press, Boulder (Colorado), 2001.

**D**urante las últimas dos décadas se han publicado cientos de libros y artículos de crítica contra Occidente por malinterpretar la reaparición del Islam político y del fundamentalismo, por usar el término más común, aunque no el más preciso. Todos lo acusan de no haber logrado apreciar el valor intrínseco de las ideas islámicas, su esencia profundamente democrática y pacífica, y de describir el Islam como una reacción irracional ante la modernidad y una

amenaza para la civilización moderna.

Sorprende la cantidad e intensidad de estas apologías, porque en realidad se han hecho pocas críticas al Islam político y han sido, en general, mesuradas, según dictan las reglas del discurso académico occidental. Los ataques realmente feroces hay que buscarlos en la India o en Nigeria, donde se conservan costumbres más crudas y se sigue llamando al pan, pan, y al vino, vino. Sin embargo, los apólogos occidentales prefieren no meterse con Bal Thackeray de Bombay, uno de los extremistas hindúes más radicales, sino centrarse en los estudiosos del Islam de Europa y los Estados Unidos. Dejemos de lado por un momento el asunto de si su suposición básica es correcta, es decir, si existe un verdadero malentendido o si, quizás (como ocurre en el conflicto árabe-israelí), las partes se entienden demasiado bien. Sea como fuere, esta industria florece más en los Estados Unidos y Alemania que en Francia y Gran Bretaña, y



después de que se han publicado en todo el mundo tantos volúmenes enormes sobre el fundamentalismo (tanto islámico como cristiano y judío), uno se pregunta si aún se puede decir algo nuevo.

La profesora Euben, estudiosa de filosofía política que lee el árabe, dedica casi todo su libro a un pensador islámico en particular: Sayyid Qutb, un escritor seglar egipcio que se convirtió en importante gurú del radicalismo islámico después de su larga visita a los Estados Unidos durante los años cuarenta. Su contacto con la decadencia moral estadounidense lo impresionó, y generó una serie de libros influyentes que inspiraron a grupos musulmanes radicales desde las Filipinas hasta África. Lo novedoso de Qutb no fue tanto su carácter antioccidental y antimoderno, ni su reinterpretación del Islam, que aparecen también en otros pensadores islámicos, sino su argumento de que la mayoría de los regímenes musulmanes existentes, si no es que todos, también eran

corruptos y pecadores (el término que se usa es *yabiliya*, que se puede traducir como “pagano”, o quizás, más correctamente, “bárbaro”, en referencia a la situación que prevalecía antes de que apareciera Mahoma), y debían ser combatidos y derrocados. Esta innovación disgustó al gobierno de su país, al grado que pasó muchos años en la cárcel en la época de Nasser y finalmente fue colgado en 1966.

Dada la influencia póstuma de sus escritos (entre sus discípulos estuvieron los asesinos de Anwar Sadat), el interés por Qutb es perfectamente válido. Sin embargo, la profesora Euben lo combina con una crítica al legado de la Ilustración y al racionalismo moderno. Considera a Marx un compañero en esta crítica, cosa que quizás sorprenda a la mayoría de los marxistas. Se trata de un libro enterado: el post scriptum es de *El nacimiento de la tragedia* de Nietzsche, y hay frecuentes referencias a Foucault, Hannah Arendt, Heidegger, Adorno, Bourdieu e incluso Hans-Georg Gadamer. Pero, ¿realmente sirven estos pensadores para entender a Sayyid Qutb, que pertenece a otra cultura? Sospecho que sirven tanto como para entender al Lubavitcher Rebe o a Pat Robertson, el predicador evangelista postulado para presidente de los Estados Unidos.

Vistos en retrospectiva, los ataques contra la herencia de la Ilustración, el racionalismo, la cultura occidental y el humanismo estaban muy de moda a finales del siglo XIX. Este libro es un estudio de teoría política comparada, y señalar a algunos de sus predecesores no fue lo peor que pudo haber hecho la profesora Euben. Le hubiera parecido muy útil *La guerra contra Occidente*, un libro del psicoanalista austrohúngaro Aurel Kolnai, publicado en 1938 y desafortunadamente agotado durante mucho tiempo. Se trata de una compilación y crítica de escritos antiilustracionistas de los años veinte y treinta que, de muchas formas, anticipa los argumentos fundamentalistas actuales sobre el martirio, la pureza moral, la justicia social y otros temas. Sin embargo, hay un paralelo aún más llamativo, aunque no con el nacionalsocialismo alemán, que sospechaba de la religión y la

rechazaba, sino con los fascistas rumanos de la Legión del Arcángel Miguel, que combinan una profunda religiosidad con la unidad nacional, la sumisión a Dios, el odio a los extranjeros (infieles), el antiliberalismo, el antirracionalismo y una firme confianza en la violencia política.

Ciertamente, la profesora Euben no deja de criticar los argumentos “progresistas” del fundamentalismo musulmán. Reconoce que si bien los islamistas, o por lo menos los más educados, utilizan la terminología occidental de la democracia y los derechos humanos, también creen que el sagrado Corán no está sujeto a discusión por parte de los fieles. Y si el Corán dice, por ejemplo, que la soberanía no es del pueblo, sino de Dios, o que la mujer es inferior al hombre, esto no se puede contradecir ni reinterpretar. La única forma de salir del dilema es sostener que el Corán realmente no quiere decir lo que dice, y este argumento es inaceptable para un musulmán devoto.

Sayyid Qutb también tiene apariciones destacadas en otras dos obras recientes sobre el fundamentalismo musulmán. Una página de *Eventos clave/O las normas en el camino del Islam*, el último libro de Qutb y el más influyente, aparece en la portada de *Jihad*, de Gilles Kepel. Kepel trabaja en el CNRS de París, ha estudiado el Islam radical durante muchos años y ha escrito acerca de Qutb y del anterior extremismo musulmán en Egipto. Él y su colega Olivier Roy están entre los principales estudiosos de este fenómeno, pero las ideas políticas de Qutb no los impresionan tanto como a Euben, y Kepel incluso hace referencia a la pobreza ideológica del islamismo radical. Desde su punto de vista, la expansión del islamismo se debió, por un lado, a la decadencia de los regímenes islámicos tradicionales y, por otro, a la debilidad de las ideologías radicales, como el socialismo revolucionario. Como resultado, muchos intelectuales musulmanes redescubrieron el Islam e hicieron llamados a la guerra santa (*jihad*) o, por lo menos, al establecimiento de verdaderos Estados islámicos. Sin embargo, Kepel considera que este movimiento tampoco ha tenido mucho éxito, y esto parece apli-

carse a las facciones tanto conservadoras como radicales de los fundamentalistas islámicos. Los conservadores, como Arabia Saudita y los gobiernos musulmanes religiosos de Egipto y otros lugares, quedan desacreditados, mientras que los regímenes radicales, como Irán, Sudán y los talibán afganos, presentan perspectivas poco prometedoras. Los regímenes nacionalistas extremos, como Irak, Libia y Siria, se han mantenido alejados del islamismo e incluso lo han combatido. Los islamistas han tenido cierto éxito entre los palestinos, pero los terroristas en Argelia están a la defensiva, y un fenómeno como Osama Bin Laden, el saudita estratega y patrocinador de los terroristas, siempre será marginal, por más que llene titulares en los medios occidentales.

A la larga, Kepel quizás tenga razón. Después de subestimar el Islam político durante muchos años, algunos observadores occidentales están reconociendo apenas su importancia, y los acontecimientos los han rebasado otra vez: ahora atribuyen al islamismo una importancia exagerada, aunque ya está en decadencia. Pasan por alto las grandes diferencias de condición entre los distintos países, así como las fisuras dentro de los Hermanos Musulmanes y otros grupos afines. Los principales grupos de la Hermandad están lejos de haber adoptado las enseñanzas de Qutb, quien además tiene poca autoridad como exégeta. Sin embargo, hay tendencias sociales que apuntan en la dirección contraria. En general, el islamismo es un movimiento de las clases bajas y medias bajas urbanas y rurales. En el mundo musulmán, estos sectores de la población sufren tanto espiritual como materialmente a causa del estancamiento económico, y entre ellos hay una considerable acumulación de dinamita social. El hecho de que algunos gobiernos islámicos, como los de Irán o Sudán, hayan tenido consecuencias desastrosas no necesariamente influirá en las masas de naciones como Egipto, más preocupadas por su situación nacional que por lo que pasa en otros países. Las últimas elecciones en Egipto indican que no ha disminuido la influencia de los Hermanos Musul-

manes, y los gobernantes de Teherán y Jartum, aunque no pueden mejorar las condiciones, por lo menos predicán la igualdad y frenan los gastos ostentosos. En pocas palabras, si bien la decadencia del islamismo es inevitable a la larga, como analizan atinadamente Kepel y otros, quizás tarde más en desaparecer de lo que ellos creen.

Anthony Shadid, un ciudadano estadounidense de origen libanés, fue corresponsal de AP en El Cairo durante mucho tiempo. No es filósofo político, pero sabe árabe, ha visitado muchos países musulmanes y ha entrevistado a sus gobernantes a lo largo de varios años. Aunque ama El Cairo, como cristiano no se siente completamente cómodo allí. Es crítico de las políticas de los Estados Unidos en Egipto, Afganistán, Arabia Saudita y, por supuesto, Israel. Cree que Occidente debe apoyar la democracia en países como Egipto, aunque de hecho esté apoyando el islamismo y resulten elegidos unos gobiernos que no tienen aprecio por los Estados Unidos. Esta perspectiva sería más creíble si Shadid señalara las fuerzas reformistas de Medio Oriente que parecen tener futuro. Sí menciona al iraní Jatami, el líder religioso más moderado que se volvió primer ministro en sustitución de los fanáticos de los primeros años de la revolución de Jomeini. También menciona al partido centrista egipcio, al Hezbolá libanés (que emprende tanto la guerra de guerrillas como actividades políticas y sociales) y a dirigentes como Kamal El-Said Habib, antes líder del grupo terrorista Jihad (el que asesinó a Sadat) y ahora partidario de la acción política.

Sin embargo, no son opciones muy prometedoras. Jatami ha demostrado una y otra vez su debilidad ante los conservadores iraníes, y es más que dudoso que el partido centrista se beneficiaría de un terremoto político en Egipto. En todo caso, todos estos candidatos reformistas creen que sus países deben gobernarse de acuerdo con la *sharia*, la ley coránica, que es incompatible con la democracia. El problema de estas fuerzas no es que no profesen alguna estimación por los Estados Unidos y por Occidente (los Estados Uni-

dos seguramente soportaría esto), sino que es dudoso su aprecio por la libertad y la democracia. Como dice el autor: "En Occidente pocos estarían de acuerdo con sus metas. Algunas parecen intolerantes, otras demasiado tradicionales, incluso retrógradas". Entonces, ¿por qué apoyarlas? Porque Shadid considera que la alternativa, es decir, el *statu quo*, es aún peor.

Es difícil entusiasmarse con el régimen actual de Egipto (no se diga el de Arabia Saudita), pero ¿puede Shadid, u otro, alegar con algún grado de convicción que las alternativas políticas en estos países serán menos represivas o menos corruptas? Sean o no más efectivas, sin duda no serán más democráticas en ningún sentido. Aunque esta sea una perspectiva deprimente, quizás sea la única realista, ya que todas las promesas de lo contrario son lo que en árabe coloquial se llama *kalam fadi*, palabras vacías. Sin duda hay fuerzas de reforma democrática en Medio Oriente y es probable que algún día prevalezcan, pero ese día no parece estar cerca. —

— WALTER LAQUEUR

Traducción de Lucrecia Orensanz

© Partisan Review

## LITERATURA

### CÁSTOR Y PÓLUX EN MEDELLÍN



Fernando Vallejo, *El desbarrancadero*, Alfaguara, Madrid, 2001, 197 pp.

A diferencia de otros mellizos mitológicos, Cástor y Pólux, hijos de Zeus y de Leda, llamados los Dióscuros, aparecen unidos sin rivalizar entre sí, amán-

dose entrañablemente y compartiendo un concierto de hazañas. A esta pareja mitológica me recuerdan los hermanos protagonistas de *El desbarrancadero*, la última novela del colombiano Fernando Vallejo, a quien no le bastó con escribir un libro extraordinario como *La virgen de los sicarios* (1994) y ahora nos entrega otra novela libérrima, tremenda y conmovida.

"Yo no soy novelista de tercera persona y por lo tanto no sé qué piensan mis personajes", afirma el narrador de *El desbarrancadero*, cronista implacable de la agonía de su hermano, víctima del sida, enfermedad terminal que Vallejo extiende, riéndose de toda metáfora, a todo lo que en apariencia odia: la madre, la familia, Dios y su vicario el papa romano, la ciudad sicaria de Medellín, los politicastros corruptos, los pobres que matan a los pobres. Viajando del país del peculado y de la mentira (México) al país del crimen (Colombia), Vallejo presenta otra novela-libelo que, como *La virgen de los sicarios*, puede leerse como un manifiesto nihilista. Pero entender al gramático Vallejo sólo como un colombiano (y un latinoamericano) dolido hasta la náusea y el escarnio es hacerle escaso honor. En un mundo de indignados, sólo un consumado dominio del arte narrativo puede transformar el vómito deprecatorio en música violenta. Asumo las probables consecuencias hiperbólicas de mi afirmación: Fernando Vallejo es el Céline de la violencia latinoamericana.

Por libelo entiendo al texto de fácil posesión que se distribuye de contrabando (y a contracorriente, en este caso) y cuyo fin es el linchamiento moral o político de personas, reputaciones, partidos o naciones. A Fernando Vallejo le duele Colombia; de lo contrario no sería libelista. Y quien escribe libelos es el más desesperado de los moralistas. Pero ese dolor supera la queja rutinaria y el resquemor patrio gracias a la infalible construcción de personajes que caracteriza a Vallejo. Si en *La virgen de los sicarios* había una estetización homoerótica de la violencia, en *El desbarrancadero* el novelista se deja llevar por una marea retórica más difícil de domar, la compasión. Compasión en su sentido etimológico: acompañar a alguien en su

pasión, compartir una agonía a través de la solidaridad, el humor negro y, al fin, la muerte real y simbólica, ultratumba desde la cual está narrada la novela.

A Darío, el moribundo, su hermano lo inició en la vida homosexual, regalándole un muchacho, en Bogotá. En ese momento, y no junto a una familia tan numerosa como cainita, se hicieron hermanos. Esa complicidad hazañosa los une, hasta que la prueba del VIH condena a uno a morir, al otro a narrar. Improvisado médico de cabecera —y enemigo del resto de los facultativos—, el narrador decide medicar a su hermano con productos veterinarios, como la sulfguanidina, sustancia para bovinos con la que trata, sin éxito, de cortar la diarrea al agonizante. En cualquier otra novela esta estampa sería una vulgaridad, mientras que en Vallejo se convierte en una meditación que, sin incurrir en un solo guiño metafísico, presenta la quebradiza animalidad de los hombres, a quienes el narrador detesta no por ser negros o blancos, liberales o conservadores, colombianos o mexicanos, maricas o mujeres, narcotraficantes o leguleyos, “sino por su condición humana”.

*El desbarrancadero*, como tantas de las grandes novelas, es la crónica de la extinción de una familia. Un padre querido a quien cierta eutanasia libera mientras que un país y una ciudad, Colombia y Medellín, jamás serán borrados de la faz de la tierra, pues mala yerba nunca muere, aunque el narrador le desee a esos lares todas las bombas atómicas que China desperdicia en pruebas subterráneas. El novelista como crítico de la vida ejerce su oficio de manera radical.

Es improbable volver a leer una novela como *El desbarrancadero*, tan devota de la antigua herejía encratista, que hallaba en la reproducción de la especie una multiplicación demoníaca del Mal. De *La Loca*, apodo de la madre parturienta de una familia presentada como la tribu de Seth, dice el desenfadado narrador libelista:

Y se equivoca el que crea que sigue viviendo en los hijos y que se realiza en ellos. ¡Ay, “se realiza”! ¡Tan recurrentes en el lenguaje! ¡Qué se van a reali-

zar, pendejos! Nadie se realiza en nadie y no hay más vida ni más muerte que las propias. [...] Y a mi impotencia ante el horror de adentro se sumaba mi impotencia ante el horror de afuera: el mundo en manos de estas vaginas delincuentes, empeñadas en parir y parir perturbando la paz de la materia y llenándonos de hijos el zaguán, el vestíbulo, los cuartos, la sala, la cocina, el comedor, los patios, por millones. ¡Ay, que dizque si no los tienen no se realizan las mujeres! ¿Y por qué mejor no componen una ópera y se realizan como compositoras? Empanzurradas de animalidad bruta, de lascivia ciega, se van inflando durante nueve meses como globos deformes que no logran despegar y alzar el vuelo. Y así, retenidas por la fuerza de gravedad, preñadas, grávidas, salen a la calle y a la plena luz del sol como barriles con dos patas. Ante un seto florecido se detienen. Can-

ta un mirlo, vuela un sinsonte, zumba un moscardón. Esa dizque es la vida, la felicidad, la dicha, que un pájaro se coma a un gusano. Entonces, como si el crimen máximo fuera la máxima virtud, mirando el vacío con una sonrisita enigmática ponen las condenadas caras de Gioconda. ¡Vacas puercas, vacas locas! ¡Degeneradas! ¡Cabronas! Sacó un revólver de la cabeza y a tiros les desinfló la panza.

Pero estos viajeros hacia el fin de la noche resisten la catilinaría dureza de sus jornadas gracias al contraste de los días felices, los que Cástor y Pólux vivieron como individuos, víctimas sólo de las lágrimas y de la lluvia. Pero Fernando Vallejo, que lo denuncia casi todo, no es un autor panfletario, aunque utilice (y muy bien) todo el arsenal retórico de la injuria. El indignado, el lenguaraz, el narrador tragicómico de tanta desgracia

# I/4 SEGOB

sabe detenerse y, como un moralista del Gran Siglo, nos da el antídoto contra su propio veneno: “Y perdón por el abuso de hablar en nombre de ustedes, pues donde dije con suficiencia ‘el hombre’ he debido decir humildemente ‘yo’”. —

— CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

## LITERATURA

### TENSIONES DE UN LECTOR HETERODOXO



Christopher Domínguez Michael, *La sabiduría sin promesa*, Joaquín Mortiz, México, 2001, 352 pp.

No sé si exista algún método efectivo para leer el libro escrito por un crítico literario. Sobre todo si el que lee es escritor o pretende serlo. Quizás sería conveniente acercarse cautelosamente a la obra como quien se aproxima al ideario de una autoridad. No lo creo. Siempre será más grato comenzar una lectura con el menor número de prejuicios posible. Y si bien tampoco existe un método, es sensato adelantar un principio: la crítica literaria es también una ficción. Me parece que sería ingrato ofrecerle un estatuto distinto. Y como toda ficción, posee una mínima responsabilidad frente al lector. Evitar que éste, abrumado por el tedio, abandone sus páginas. No creo tampoco que deba prestársele demasiada atención al hecho de que el crítico intente valerse de su posición o su conocimiento para ensayar un canon. Después de todo, esta manía le otorga un interés adicional a sus juicios. ¿Qué haríamos sin la presencia

de aquellos que intentan señalarnos el camino? ¿Cómo podríamos desviarnos del sendero ortodoxo para descubrir rutas alternativas? Es hasta cierto punto divertido presenciar cómo, por ejemplo, el profesor de Yale Harold Bloom intenta levantar una iglesia basada en la palabra de Shakespeare. Sus argumentos son consecuencia de su pasión, lo que de ningún modo invalida su pertinencia ni tampoco su habilidad argumental. Incluso pienso que a veces es mejor que los críticos sean descaradamente canónicos a que nos demuestren una mustia sutileza. Aunque a veces, como en el caso de Bloom, tengamos que soportar sus atléticas metáforas donde los escritores corren empujándose entre sí en pos de la medalla de oro. Jamás debería escribirse pensando en igualar o superar a nadie. Que además el profesor cometa el dislate de afirmar que Shakespeare ha sido más importante para la cultura occidental que Aristóteles y Platón nos muestra no sólo la ignorancia, sino el desprecio que ciertos críticos cultivan hacia la filosofía (con todos ellos podría integrarse también una *escuela del resentimiento*). Quizás se deba a una cuestión de orden práctico: ¿cuántas novelas dejaría de leer un crítico si le prestara la debida atención a obras de contenido filosófico? Pero sus juicios, según nos confirma su habitual pedantería, están sustentados sólo en la ciencia de sus lecturas. Los críticos desean ahorrarse las minucias filosóficas para construir una exégesis respaldada en los vaivenes de su experiencia. Tienen derecho siempre y cuando cuestionen—señal de salud intelectual—cotidianamente su papel pontificio.

Aun con estos ingratos antecedentes me propuse leer los ensayos y reseñas que reunió el crítico mexicano Christopher Domínguez Michael en *La sabiduría sin promesa*, un conjunto de ficciones donde los personajes son escritores que actúan en el escenario de la historia. No ha sido sencillo acostumbrarse a ese estilo accidentado en el que a un párrafo escrito con destreza narrativa y claridad conceptual le sigue otro de características contrarias. La necesidad de condensar las vicisitu-

des de un siglo en un párrafo escueto, sumada a un descarado derroche de citas, nos propone una lectura cautelosa: en este libro no se puede ir a buen paso a riesgo de perder el camino. ¿Pero qué estilo es, como deseaba Anatole France, breve, claro y transparente? Toda obra, por más traslúcida o inmaculada formalmente que sea, lleva consigo una desagradable mancha: el escritor. Esta mancha, sin embargo, es síntoma de humanidad. Sería ingenuo pensar que un escritor es capaz de desaparecer oculto en el follaje de su escritura. No sólo ingenuo sino también decepcionante, pues deseando encontrarnos con una obra sucia, mancillada por el estilo personal e ineludible del escritor, nos encontramos con la mano aseada e insípida de un ángel literario.

Domínguez Michael nos confiesa en el prólogo de su libro que si bien algunos ensayos son evidentemente canónicos, otros son el resultado de travesías curiosas por el librero. A esta reunión heterodoxa de ensayos le acompaña entonces un ortodoxo deseo de permanencia. Es natural: el azaroso recorrido por el librero tiene sentido sólo porque existen autores que son definitivos. ¿Qué otra manera de asirse a tierra firme en una época de indiscriminada producción literaria? Y, a pesar de todo, no deja uno de sentirse como un escolar recitando el novenario clásico: que un escritor ocupe un lugar para siempre en la historia, que una obra sobreviva a su tiempo para convertirse en canon. No sé quién puede escribir alimentando estas preocupaciones. Ojalá tuviéramos la elegancia suficiente para llevarnos nuestras obras a la tumba. Christopher, sin embargo, afirma que no existe tragedia más devastadora en la imaginación del literato que una posteridad en extinción incesante. Quizás esto sea cierto en el caso de algunos escritores, aunque no dudo que la exasperante necesidad de trascender sea en otros casos más un lastre que un estímulo. Propongo un paliativo para atenuar esta hostigante sed histórica: pensar que de no haber existido Kafka otro habría escrito *El proceso*. Como podrá comprobarse, se trata de un argumento bastante manoseado

históricamente que, pese a su extravagancia, posee una función medicinal: exonerarnos de la responsabilidad de un destino. Qué alivio pensar que de no haber nacido otro habría escrito libros análogos a los nuestros. Acudir a una estrategia semejante nos permite a algunos escritores enfrentarnos al severo juicio de los críticos. Nada tan lamentable como el autor que llora de rabia después de haber leído los anatemas del especialista. Quiero creer que Domínguez Michael ha experimentado una secreta satisfacción mientras relataba el sufrimiento de Carson McCullers al enterarse de que el crítico más famoso de su tiempo se había referido a ella como a una autora lloricona e histérica. Yo tampoco pude evitar sonreír complacido después de haber leído estas líneas. Tengo la sospecha de que nada fortalece tanto al escritor como el sentirse derrotado. Y ojalá se me perdone esta inocentada romántica.

*La sabiduría sin promesa* no es la obra de un crítico dogmático. Incluso experimenté cierta desazón cuando el paso de las hojas me confirmaba que estaba frente a los ensayos de un lector heterodoxo capaz de privilegiar su pasión por la lectura en detrimento de su inclinación canónica. El libro me ha enfrentado nuevamente a algunos autores que descansaban en el apacible cementerio de mi memoria. He leído con un placer herético los magníficos ensayos dedicados a Hesse, Benjamin, Gide y Lukács. He considerado inútil que se añadieran al libro algunas reseñas que no son sino un balbuceo molesto en el atinado concierto de los ensayos restantes. Es el caso de las páginas dedicadas a García Márquez o al bonaerense Álvarez Murena. He descubierto autores de los que no tenía la más remota idea, como sucedió con Cansinos-Assens y Roger Vailland. Y no obstante que, en su mayor parte, la lectura de estos ensayos me despertó un envidioso deseo de apropiación, hubo unos pocos en los que sucedió estrictamente lo contrario. Es el caso de Raymond Queneau, de cuyos libros a partir de este momento huiré como de la lepra.

Sería abusivo detenerse en cada una

de las tantas opiniones vertidas en estas páginas, algunas brillantes, otras tajantes y axiomáticas. Me sorprendió el encono que el autor de *La sabiduría sin promesa* muestra hacia los denostadores del discurso ilustrado. Un ejemplo de su recelo, mixtura de seducción y desprecio, es el dibujo biográfico dedicado a Thomas Bernhard. En estas líneas se nos habla de un pequeño propietario con sombrero tirolés, anarquista de salón, obsesionado con insultar al Estado. Nada importante al respecto de sus obras, sino unos cuantos juicios solitarios que no logran aprehender la naturaleza de una conciencia incómoda. Algo parecido al contradictorio ensayo sobre Henry Miller, a quien en un acto de acrobacia histórica se hace descender de Emerson. Esta costumbre de explicarnos los orígenes históricos de un carácter literario cuando uno está esperando el relato de una seducción suele ser desconcertante. Las obligaciones del crítico empañan una vez más las libertades del escritor. No estoy seguro de si es posible explicarnos a un escritor a través de los libros que ha leído: demasiada confianza en las letras, creo yo. Y a pesar de que la novela se inscribe en ese inmenso universo que conocemos como *literatura* no sé hasta dónde es prudente hacerla depender de otras novelas. Nada encuentro tan riesgoso como ensayar genealogías cuando no es absolutamente necesario. Domínguez Michael parece saberlo, puesto que en sus ensayos el escritor no es un hombre a la deriva de sus influencias literarias sino uno sitiado por su temperamento. No nos describe al artista solitario inmune a su época, sino al escritor afectado por los delirios de un siglo abundante en desmesuradas crueldades. El afán biográfico es una de las virtudes que más aprecio del libro. La profunda inmersión en los diarios que dejaron algunos escritores, en sus biografías o en la opinión que tuvieron hacia ellos sus contemporáneos, propone una verdad que todos conocemos: la obra es indisoluble de su autor. Verdad humanista que a veces celebramos con un morbo im placable. —

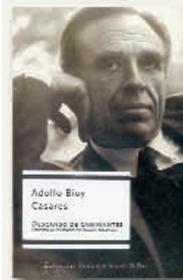
— GUILLERMO FADANELLI

## OTROS LIBROS DEL MES

JULIAN BARNES,

*Amor, etcétera,*  
Anagrama, Barcelona, 2001.

Hace cosa de una década, *Hablando del asunto*, el relato ácido, terriblemente verosímil de un triángulo amoroso contado por sus protagonistas, nos reveló a uno de los narradores más incisivos y elegantes de la “nueva ola británica”, esa generación que incluye a señores como Martin Amis, Kazuo Ishiguro e Ian Mc Ewan. Julian Barnes se reencuentra en este libro, una secuela de aquella obra de culto, con sus antiguos protagonistas, Stuart, Gillian y Oliver, perfectamente reconocibles aunque, como su creador, acaso un tanto más escépticos, más amargos. Más recomendables, en suma. (J.P.)



ADOLFO  
BIOY  
CASARES,

*Descanso de caminantes*  
(edición al cuidado  
de Daniel Martino),  
Editorial  
Sudamericana,  
2001.

Para vivir en paz con uno mismo, recomendaba Bioy Casares, hay que decirse la verdad. Para vivir en paz con los otros, agregaba de inmediato, hay que mentir. En las páginas de este diario —que abarcan de 1975 a 1989— el formidable fabulador argentino despliega la más brillante ironía, desde una sabia sonrisa, hacia los temas de su mundo: la literatura, las mujeres, los amigos. (F.G.R.)

## LITERATURA

### EL PRECIO DEL MILAGRO

John Fante, *Pregúntale al polvo*, traducción de Antonio-Prometeo Moya, Anagrama, Barcelona, 2001, 205 pp.

John Fante, *Espera a la primavera, Bandini*, traducción de Antonio-Prometeo Moya, Anagrama, Barcelona, 2001, 216 pp.

En la inolvidable *Pregúntale al polvo* (1939), Arturo Bandini va a la iglesia para ver a las mexicanas que rezan en los primeros asientos (“era un comportamiento sacrílego, pero preferible a no ir a misa en absoluto”), y con la idea de extorsionar a Dios. “Dios Todopoderoso, voy a jugar limpio –susurra–, voy a hacer una proposición. Haz que sea un gran escritor y volveré al seno de la Iglesia”. Desde ese momento, la novela se convertirá en el relato de un milagro maldito. Las plegarias atendidas le permitirán vivir sus propios sueños y Bandini finalmente escribirá su libro, pero sólo a costa de olvidar para siempre a las “princesas mayas” que le dan sentido a la existencia y a los esfuerzos literarios.

El otro milagro de *Pregúntale al polvo* es igual de traicionero. Por un lado marca el definitivo reconocimiento a la obra de John Fante (1909-1983), pero al mismo tiempo expresa la crueldad de un destino agobiado por la obsesión literaria y las arbitrariedades del éxito y la crítica. Narrador que vivía de los guiones que producía para Hollywood (*The Reluctant Saint*, *Walk on the Wild Side* y *Full of Life*, basado en su novela homónima, entre otros), Fante se mantuvo en el olvido y la indiferencia hasta que en 1980, poco antes de morir de una diabetes que le amputaría las piernas y lo dejaría ciego, Charles Bukowski y los editores de Black Sparrow Press impulsaron la reedición de *Pregúntale al polvo* y la tetralogía de Arturo Bandini, con un promedio de ventas anuales que desde 1980 ronda los cien mil ejemplares en los Estados Unidos y los quinientos mil en Francia. Ese rescate

promovió la aparición de un nuevo tomo de cartas (*West of Rome*), la biografía *Full of Life*, de Stephen Cooper, y la antología de relatos *The Big Hunger*, títulos que terminan de dibujar el verdadero alcance de un autor vibrante y mayúsculo, quizás el mejor punto de contacto entre Hemingway y Kerouac, Steinbeck y Carver, o Fitzgerald y Bukowski.

Como Bandini, Fante también fue un veinteañero aterrizado en Los Ángeles a la caza de una historia capaz de transformarlo en escritor. Ex “colegial braquetero” de Colorado, el autor hunde a su áter ego en la misma pensión grasosa de Bunker Hill, lo sienta a la mesa del hambre y la marginación y luego lo lleva hacia los rincones donde la ciudad bohemia guardaría los secretos de la vida y la literatura. Para ambos, la ficción no es tanto un género como un estilo, un ademán de la prosa, la técnica que eleva y procesa la autobiografía hasta transformarla en una forma del arte. Así, convencidos de que no hay más historia que la propia, Bandini se enamora para tener algo que contar y Fante confirma que la verdadera vitalidad estaría en los sueños, o al menos en el tipo de vigilia que lo obliga a “escribir una historia de amor, aprender de la vida”. Guiados por esa ansiosa urgencia que los pierde, autor y personaje desaparecerán en el abismo insensato donde el amor y la literatura son las dos caras del mismo sueño.

Menospreciada durante décadas, *Pregúntale al polvo* es posiblemente la más bella historia de amor protagonizada por alguien que no sabe nada de eso. Novela iniciática y febril, anticipa las torpezas sentimentales de Kerouac en *Los subterráneos* y, como lo mejor de Carver o Bukowski, demuestra que la anécdota es un efecto del estilo. “Nos acercábamos a la vida, pero no acabábamos de poseerla”, señala Bandini; en más de un sentido, *Pregúntale al polvo* enseña que la vida sólo late a través de las pasiones. Y que las pasiones se asumen en “la sensación de haber cometido un delito, de haber infringido la ley, de haber cometido el pecado de la autodestrucción”. La magia, o el milagro, consistiría en cuidar esa culpa y

transformarla en el material básico de una literatura plena en energía, deseo, y un humor que es la cima de la desesperación.

Igual que en *Pregúntale al polvo*, *Espera a la primavera, Bandini* (1938) incorpora la confianza en la vida como laboratorio de la ficción y se construye a través de la infancia y adolescencia del protagonista, cuyo camino se continúa en *Sueños de Bunker Hill* (1982, dictada por Fante a su esposa Joyce) y la póstuma *The Road to Los Angeles* (1985). Aquí, la visión del autor es la de un hijo de inmigrantes en busca de una identidad, un arrebato que explica la urgencia de Bandini por escribir un libro y crearse un orgullo a la altura del desprecio que todos sienten por él. Con el mundo dividido entre locales y extranjeros, Bandini crece con la seguridad de encontrarse en el bando equivocado y la mejor solución que se le ocurre es marginarse más: a la doble humillación que le imponen la pobreza y su origen italiano, le sumará la de sus ínfulas literarias. Lo que Fante jamás pudo imaginar es que el milagro que lo ayudaría a escribir una obra insoslayable lo maldijo con el desinterés hacia un talento que hoy nadie podría discutir. Tardía y necesaria, la reedición de *Pregúntale al polvo* y *Espera a la primavera, Bandini* quizás logre maquillar ese destino con una nueva y justa belleza, aun cuando ya se trate, sin metáforas, de “una belleza semejante al amor de una muchacha difunta”. —

— LEONARDO TARIFEÑO

## BIOGRAFÍA

### DEL COMUNISMO A PINOCHET

Hugo Achugar, *Falsas memorias. Blanca Luz Brum*, ERA, México, 2001, 178 pp.

La posteridad de Siqueiros está empañada por las falsificaciones: se rumora que antiguos alumnos de su taller y hasta su hija Adriana fabrican óleos apócrifos como si estos fueran un nuevo experimento del muralista desde el ultramundo. En ausencia de una biografía confiable, debemos contentarnos con unas memorias: *Me*

llaman el coronelazo, expurgadas y sin duda distorsionadas por su viuda Angélica Arenal. Tal vez uno tenga la posteridad que se merece y no haya nada sorprendente en estas manchas póstumas, en este reguero de falsos y falsedades que rayan la noche de la leyenda. La vida de Siqueiros fue un juego muy contrastado de luz y sombra, en el que todavía falta iluminar muchos episodios. Las *Falsas memorias* de la que fuera su primera esposa, Blanca Luz Brum, ideadas por el novelista uruguayo Hugo Achugar, aportan una parte auténticamente inédita al liso rompecabezas de la biografía de Siqueiros. Sobre todo se proponen la reconstrucción de una figura femenina muy similar al claroscuro Siqueiros: Blanca Luz Brum se inauguró como furiosa militante comunista en la cercanía de Sandino y Mariátegui, antes de pasar a ser peronista y terminar su vida en la devoción a Pinochet.

Tan desconocida resulta Blanca Luz Brum en México que, hasta la fecha, ni siquiera tenía derecho a un patronímico bien ortografiado: la biógrafa de Frida Kahlo, Hayden Herrera, la llama, muy joycianamente, Blanca Luz Bloom y Julio Scherer la desvirtúa en *Brum*. Ahora, gracias al tesón de Hugo Achugar, sabemos más de esta hermosa uruguayaya, casi todo lo que puede llegar a saberse acerca de esta rubia y turbia mujer. La forma novelada que Hugo Achugar escogió dar a esta reconstrucción no es solamente una salida ingeniosa a la falta de documentación, sino también una manera adecuada de envolver a Blanca Luz Brum en las brumas de sus propias contradicciones, mentiras y omisiones. Antes que juzgar a la mujer a quien dedicó sus desvelos de 1991 a 2000, Hugo Achugar dramatiza los huecos y los límites de la investigación en una flaqueza memoriosa del personaje. Hasta se dramatiza a sí mismo, desdoblándose en otro investigador, a quien cita en referencia bajo su propio heterónimo de Juana Caballero. Hugo Achugar no juzga, pero sí juega con los papeles y los géneros, las deficiencias de las fuentes y los desfallecimientos de la memoria, los tiempos del relato y la probable cronología de los acontecimientos. Avanza sobre

la línea incierta, desdibujada, entre lo desconocido y lo misterioso; crea un suspenso policiaco con la hipótesis de un hijo que hubiera nacido de la unión atormentada entre Blanca Luz Brum y Siqueiros. Parece que Siqueiros fue el enterrador de la criatura, en Taxco, aunque existen grandes dudas sobre la autenticidad de su paternidad. ¡Otra falsificación que le habrá tocado en vida!

“Aunque sin el reconocimiento ni las resonancias de sus estrictas contemporáneas, Frida Kahlo, Tina Modotti o Nahui Ollin, el camino vivido por Brum la coloca sin exageraciones al lado de las o los grandes protagonistas de los movimientos políticos y artísticos de los años veinte y treinta”, reza la contraportada del libro. No estoy muy segura de compartir esta visión de la grandeza de Blanca Luz Brum después de leer las *Falsas memorias*. Pese a que la firma del pacto germanosoviético pretenda explicar el repudio de la mujer por el comunismo, resulta incomprendible que la lucidez recobrada la haya conducido a una activa colaboración con el régimen de Perón, y de allí a una audaz participación en el escape de la cárcel del fascista Patricio Kelly, y de allí a una encarnizada defensa del general Pinochet. El itinerario carece de grandeza, semeja un lento pero seguro naufragio, y en esto tal vez los medros de Blanca Luz Brum se equiparen con el cejar de Frida Kahlo y los crímenes estalinistas de Tina Modotti. Me temo que nos quieran ofrecer otro mito de falso heroísmo, cuyo combustible fuera la nostalgia por una izquierda latinoamericana tan caricatural como caduca. Es curioso que la belleza física de mujeres como Blanca Luz Brum, Tina Modotti o Frida Kahlo sea capaz de encender las pasiones hasta el punto de opacar sus pecados políticos.

Blanca Luz Brum acabó sus días en la isla de Juan Fernández, la misma donde Robinson Crusoe se empeñó en su solitaria defensa de la civilización. En cambio, ella dedicó sus últimos esfuerzos a defender la barbarie de los militares chilenos. ¿Valía la pena rescatarla de semejante naufragio? —

— FABIENNE BRADU

I/3V  
IFE